

Cita fallida de la izquierda con las "cités"

Por Olivier Masclet *

Le Monde Diplomatique, Enero 2004. Numero 99

Como anuncio de la futura ley contra los signos religiosos ostensibles en las escuelas públicas, Jacques Chirac recuerda los principios de la laicidad francesa y del "pacto republicano" tales como la igualdad de oportunidades o "la integración de todos respetando las diferencias". Pero no ha avanzado ninguna medida para integrar socialmente y en la vida política a las capas populares, especialmente a los franceses de origen magrebí. La izquierda no lo hace mejor.

En la urbanización Cité du Luth (1), situada en la localidad de Gennevilliers, en la periferia parisina, en la década de 1990 el Club Juvenil cumplía un papel fundamental para los adolescentes. Allí encontraban actividades de esparcimiento, se les ayudaba a hacer los deberes escolares, recibían consejos, se les estimulaba. De no ser por ese club, la mayoría de esos jóvenes no hubieran podido ir jamás de vacaciones y pasarían una buena parte de su tiempo libre "acampando" en los halls de entrada de los edificios... Los responsables de ese club provienen todos de familias argelinas y marroquíes del barrio. Ellos constituyen en la urbanización lo que se puede denominar una pequeña elite, un grupo de jóvenes opuesto al que forman los adolescentes que han fracasado en la escuela y los pequeños traficantes que alimentan la "cultura de la calle".

Esos voluntarios que trabajaban en asociaciones de barrio en general tenían estudios secundarios completos y a veces educación superior. Eran los "hijos de la democratización" (2) que si bien formaban parte de la urbanización -por compartir sus códigos - eran de alguna manera exteriores a ella. Esos jóvenes adquirieron educación suficiente como para elevarse socialmente respecto de sus padres, pero sin dejar de pertenecer al barrio, tanto por su dificultad para desarraigarse de él, como por una especie de fidelidad a su mundo original.

Vivían a caballo entre dos realidades sociales, situación que les incitaba a trabajar con los más jóvenes y a asumir el papel de consejeros. Ese compromiso estaba marcado, sin embargo, por su experiencia del racismo y por los múltiples procesos de desvalorización social de su grupo de origen. En gran medida, el descrédito que sufrían, de manera más o menos directa, les llevaba a oponerse al orden establecido y a querer representar un papel en su urbanización. El club se convirtió en un emblema en ese barrio degradado, un punto de orgullo colectivo para muchos jóvenes y sus familias. Porque la policía les respetaba. Porque en ese mundo marginado era un recurso simbólico para los jóvenes necesitados de reconocimiento.

Pero en 1996, después de quince años de funcionamiento, el club cerró sus puertas. Su inesperada desaparición refleja en realidad profundas tensiones. En primer lugar, el club fue desestabilizado por el comportamiento de ciertos adolescentes que -excluidos de la escuela y con riesgo de convertirse en delincuentes- rechazaban cualquier tipo de disciplina y desafiaban la autoridad de quienes organizaban las actividades del club. Estos tenían cada vez menos influencia sobre un sector de los jóvenes cuya situación se fue deteriorando en la década de 1990. Se sentían a la vez impotentes y encargados de ocuparse de delincuentes, es decir, de los miembros cada vez más desprotegidos de su categoría de origen, mientras que ellos aspiraban a una mayor dignidad individual y colectiva.

Pero esos responsables de asociaciones también experimentaban el sentimiento de predicar en el desierto y de "sacrificarse para nada", como dice uno de ellos. Al cabo de quince años de trabajar en esa asociación, consideraban que no eran tenidos en cuenta por las autoridades locales del Partido

Comunista (PC), las cuales - afirman - "utilizan a personas como nosotros para aplacar a los jóvenes, pero en el fondo el problema no les interesa para nada". A su entender, esos representantes locales deberían, al contrario, haber valorado a los habitantes que militaban en las urbanizaciones, pero "apenas si conocen nuestros nombres". Dado que su tarea nunca fue verdaderamente reconocida, sintieron que la militancia de base que ellos defendían y representaban se desvalorizaba poco a poco.

Su desaliento habla a las claras de la degradación de la vida en esos barrios y del abismo que se abrió entre ellos y los representantes de la izquierda. Esa distancia es particularmente visible en esta urbanización comunista de la periferia parisina, pero se la puede percibir en todos lados. La izquierda en su conjunto no supo reconocer la labor de los hombres y mujeres que trabajaban en las asociaciones de las urbanizaciones populares. Muy pocos pudieron acceder a la función de consejero municipal, de alcalde adjunto, y menos aún de alcalde o de diputado. Es como si los militantes de las urbanizaciones hubieran sido condenados a quedarse para siempre en la base, sin posibilidades de ascender a otros niveles de representación política, marginados de la vida social y política de las municipalidades de izquierda durante las décadas de 1980 y 1990.

El desinterés de los partidos de izquierda por esos militantes es aún más sorprendente teniendo en cuenta que ellos eran prácticamente los únicos de su generación y de su medio social que aún se interesaban por la política, y que trataban de cumplir algún papel en la vida de la urbanización. Durante esta investigación, que duró una década, surgieron varias evidencias: los hijos de inmigrantes tienen un interés por la política que ya no existe entre los otros jóvenes y menos jóvenes de medios populares. Las autoridades locales de izquierda tenían muchos motivos para acercarse a ellos. ¿Por qué no pudieron ver en esos militantes de las urbanizaciones a sus posibles "herederos"?

Ante todo hay que sopesar todas las diferencias que existen entre los hijos de los recientes inmigrantes argelinos y marroquíes, y los de la anterior generación de inmigrantes (italianos, belgas, polacos...). Estos tuvieron contacto con los partidos de izquierda y se convirtieron en su punta de lanza (3), mientras que los hijos de los nuevos inmigrantes no suelen frecuentar las fábricas (4), ni los sindicatos o partidos obreros que desde hace un siglo constituyen el centro de la socialización política de los medios populares. La desindustrialización de regiones enteras, el aumento del desempleo masivo, la fragmentación de las organizaciones laborales y el deterioro de la situación de los obreros, acabaron por destruir los marcos sociales y mentales anteriores que habían producido generaciones de obreros y de militantes políticos y sindicales.

Sin embargo, los hijos de los inmigrantes argelinos y marroquíes se convirtieron a su vez en militantes, pero implantados, no en un sitio de trabajo, sino en una actividad propia de las ciudades obreras: las asociaciones para niños y adolescentes, los centros deportivos y culturales, los equipos de apoyo escolar. En el fondo, los militantes de las urbanizaciones acabaron reproduciendo las instituciones de las que ellos mismos gozaron. Era el resultado del trabajo de orientación de los hijos de los obreros - en los municipios de izquierda que desarrollaron una política activa en ese terreno - y de su sensibilización al problema de las desigualdades sociales, tarea que durante mucho tiempo se realizó de muchas formas (por medio de relaciones con los militantes y los docentes comprometidos, a través de representantes electos, espectáculos "humanistas", etc.).

El hecho de que esa militancia en asociaciones sea tradicionalmente menos valorada que la militancia sindical o política, explica en parte la escasa notoriedad de los militantes de urbanizaciones. Para colmo, durante mucho tiempo fueron mujeres las que trabajaron en ese tipo de asociaciones... Ellas valoran compromisos diferentes a los de la clase obrera, que son defendidos en su forma clásica por el PC. A pesar de haber cumplido un papel esencial en la vida de los jóvenes, esas mujeres fueron muy poco escuchadas. Y ello a causa del pequeño lugar que ocupan en la política (5), pero también de la supremacía de un modelo de militancia obrera, que sin embargo aparece cada vez más caduco. Por otra parte, todas las divisiones ocurridas en los partidos de izquierda fragilizaron aún más la militancia local y desanimaron o excluyeron a los hombres y mujeres en conflicto con la ortodoxia comunista.

En realidad, los militantes de las urbanizaciones fueron abandonados de manera gradual por la municipalidad local. A comienzos de la década de 1980 los responsables del club contaban con el apoyo de algunos notables que veían en ellos el surgimiento de nuevos "cuadros" locales. Esos notables -al revés de los de ciertas municipalidades de izquierda, afortunadamente escasos- se opusieron al avance del racismo antiárabe en las capas populares y valoraban la acción de los hijos de inmigrantes que dieran una imagen positiva de su grupo de pertenencia. Pero rápidamente se vieron impulsados a distanciarse de ellos, fundamentalmente a causa de los actos de vandalismo en las urbanizaciones y del aumento de la pequeña delincuencia.

En las décadas de 1980-1990, los grandes complejos habitacionales de periferia registraron considerables transformaciones a causa de una doble realidad: por una parte, el acceso masivo a la vivienda propia de los sectores populares franceses, que hasta entonces habían solucionado ese problema viviendo en monobloques; y por otra, la interrupción del crecimiento económico, que afectó duramente a los obreros, en particular a los jóvenes sin cualificación escolar ni profesional.

Así fue como la urbanización sobre la que se basa el estudio se convirtió - como tantas otras - en el hábitat de los que no pudieron acceder a la movilidad residencial: familias de inmigrantes con muchos hijos, jubilados, mujeres solas con hijos, asalariados pobres, etc. En esas zonas la proporción de familias de inmigrantes es superior a la de otros barrios de la ciudad. Además, los jóvenes provenientes de esas familias resultan allí particularmente visibles a causa de su peso demográfico sobre el total de la población juvenil.

Esta es la razón por la que se concentran sobre ellos las miradas inquietas. Los hijos de los inmigrantes, desempleados, poco a poco fueron tomando posesión del barrio, imponiendo sus costumbres a los otros habitantes, que no tenían fuerza social suficiente para controlarlos. Al contrario, dejaban el campo libre a los traficantes que alimentaban los rumores más alarmantes y las ganas de huir de allí lo antes posible. Así fue como el barrio ingresó en una espiral de decadencia: su mala reputación alejaba a los asalariados estables. Esa evolución contribuyó a hacer de los inmigrantes y de sus hijos los presuntos responsables del deterioro de las urbanizaciones y de los daños que sufren los lugares públicos: elementos todos ellos que impiden el establecimiento de buenas relaciones entre los representantes locales y los nuevos habitantes de esas zonas, o entre los militantes políticos "establecidos" y los jóvenes que participan en las asociaciones.

Además, después del avance de la derecha en las elecciones municipales de 1983, se registró un aumento de la abstención, en detrimento del PC. A partir de 1989 el Frente Nacional se convirtió en el segundo partido en cantidad de votos (6). Con un trasfondo de xenofobia abierta, el avance de la extrema derecha contribuyó a bloquear la escena política.

Los jóvenes que participaban en las asociaciones de barrio fueron paulatinamente abandonados por los representantes locales, que empezaron a utilizar un discurso cada vez más represivo. Ni siquiera ellos lograron eludir las nuevas interpretaciones de los desórdenes urbanos, que mezclan indiscriminadamente a los jóvenes que viven en las urbanizaciones con los delincuentes, ocultando sus dimensiones sociales (7). Además, temieron que el electorado popular rechazara a los militantes de la urbanización. Por eso se opusieron a que éstos "ascendieran" dentro del aparato municipal, argumentando permanentemente que "no es el momento oportuno".

El temor a las repercusiones electorales que podría tener una presencia demasiado visible de los hijos de inmigrantes, no se vio compensado por los eventuales beneficios políticos que los representantes de la izquierda podrían obtener ayudándoles a ascender. Con mayor razón en la medida en que las familias de inmigrantes y sus hijos están cada vez más divididos. Las condiciones de vida en los monobloques de alquiler económico en los que fueron reubicados, hizo que las familias casi no se conocieran, y que vivieran su instalación en los mismos edificios como una relegación. Por otra parte, el desempleo que padecen los jóvenes y la existencia de tráfico de drogas en el barrio, les hace temer el contagio de los adolescentes que ya tienen problemas escolares.

Todos estos factores favorecen el repliegue sobre sí, cuando no la tendencia a un "sálvese quien pueda". La abstención electoral marca récords en las urbanizaciones (tanto en la Cité du Luth como en otras con la misma historia) y entre los hijos de inmigrantes (8): es el fruto de la escasa politización de los jóvenes de medios populares, pero también del deterioro del ambiente consecutivo a la drástica clausura de futuro social y profesional de los hijos de obreros.

Hoy en día, es preciso medir el coste socio-político de ese abandono por parte de los partidos políticos de izquierda. En primer lugar, está la desmoralización de los militantes más comprometidos: una generación se retira de la vida asociativa y política pues no hay militancia que dure sin gratificación material o simbólica. Al no haberlos escuchado, el PC y el PS "perdieron el tren" (9) de los hijos de los inmigrantes, que no pudieron ser ni el relevo ni el aguijón de las organizaciones de izquierda.

Además, actualmente, todo un sector de militantes se aleja de la izquierda y busca un reconocimiento social y político en otros lados (10). Ahora desconfían de los representantes de izquierda. El deslizamiento hacia la derecha que evidencian algunos portavoces de las urbanizaciones es alimentado por la negativa a complacerse en la miseria. La atracción que ejerce sobre ellos el éxito económico es muy fuerte, pero también se esfuerzan por no ser confundidos con los delincuentes ni con los que viven de subvenciones del Estado.

Ahora algunos representantes comunistas y socialistas reconocen haber fallado a esa cita histórica. ¿La aparición de nuevos representantes surgidos de esa inmigración magrebí podrá modificar el panorama? No es seguro, al menos si no viene acompañada de una nueva formulación del problema social, que tenga en cuenta el desempleo, la precariedad y la discriminación, fenómenos que afectan en primer lugar a los habitantes de las urbanizaciones periféricas.

Notas:

(1) Urbanización donde el autor desarrolló durante una década (1990-2001) una investigación sociológica, reflejada en su libro *La gauche et les cités*. El mismo tipo de observaciones puede hacerse en otras comunas, ya tengan un alcalde comunista o socialista. N del T: El término francés "cité" designa grupos de inmuebles construidos en las últimas décadas en la periferia de las ciudades, en los que habitan generalmente inmigrantes de pocos recursos, y que traducimos genéricamente como "urbanizaciones".

(2) Ver Stéphane Beaud, *80 % au bac... et après ? Les enfants de la démocratisation scolaire*, La Découverte, París, 2002.

(3) Ya sea en Lorena, en el norte de Francia o en las zonas industriales o mineras del sur. Ver las obras de Gérard Noiriel, en particular *Etat, Nation et immigration. Vers une histoire du pouvoir*, París, Berlin, 2001.

(4) El desarrollo del trabajo temporal cortó la cadena de solidaridad que existía entre las generaciones obreras y aumentó la distancia entre obreros permanentes y los precarios, estos últimos representados generalmente por hijos de inmigrantes.

(5) La subordinación que padecen las mujeres en la esfera política no es algo exclusivo de la militancia obrera. Se verifica también en el seno del Partido Socialista, y de manera aún más marcada en los partidos de derecha.

(6) Obtuvo el 20 % de los votos en las municipales de 1995, pero no presentó candidatos en 2001. En esa fecha, la abstención llegó al 50 %, contra el 31 % en 1977

(7) Ver Annie Collovald, «Des désordres sociaux à la violence urbaine», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n°136-137, marzo de 2001. Ver también «Obsessions sécuritaires», *Le Monde diplomatique*, Manière de voir, n°71, octubre-noviembre de 2003.

(8) Ver Marie-Hélène Bacqué e Yves Sintomer, «Affiliations et désaffiliations en banlieue. Réflexions à

partir des exemples de Saint-Denis et d'Aubervilliers», *Revue française de sociologie*, París, n° 42-2, 2001.

(9) Expresión utilizada por una militante de Marsella al ser interrogada en el documental de Jean-Louis Comolli y Michel Samson, *Rêves de France*, 13 Production, INA, La cinquième, 2001.

(10) Ver Karim Bourtel, «Grandes maniobras políticas en torno a los franco-magrebíes », *Le Monde diplomatique*, edición española, octubre de 2003.

* Profesor en la Universidad de Metz, Francia, autor - entre otras obras - de *La gauche et les cités. Enquête sur un rendez-vous manqué*, La Dispute, 2003.